

Rev. A.T. Vergunst
Lectura: Lucas 18:1-14¹

Salterios:

Primer: 403:1

Segundo: 187:1-4

Tercer: 82:1-3

Cuarto: 403:2,3

Último: 192:2-4

Introducción.

Leemos en Lucas 7 acerca de una mujer a los pies de Jesús. A ella, Jesús le dijo: *“Los pecados te son perdonados”* (versículo 48). Más adelante en el libro de Lucas, encontramos a un hombre descendiendo por el techo en medio del pueblo ante Jesús: *“Hombre, tus pecados te son perdonados”* (Lucas 5:20). Aunque con diferentes palabras, encontramos el mismo mensaje para el hombre colgado en la cruz. Antes de su terrible fin, él escucha de la boca de Jesús: *“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”* (Lucas 23:43). Eso también quiere decir: *“Tú eres perdonado.”*

Estos textos pueden hacer surgir una pregunta en el corazón: *“¿Es en realidad tan fácil ser perdonado? Es tan rápido, ¿es realmente tan fácil? Especialmente considerando que a menudo vuelvo a caer en los mismos pecados. ¿Es realmente tan fácil?”* Es una buena pregunta.

Quizá haya otra pregunta, también relacionada con la primera, pero que va en una dirección opuesta: *“Yo he orado tantas veces. Tal como el publicano, he venido a Dios, creo, con un sentimiento similar de tristeza y culpa por el pecado. Lo he confesado ante Dios y le he pedido a Jesús que me perdone, y... nada ocurre. Una y otra vez lo he hecho, y nada sucede. Sigo caminando con el mismo sentimiento de culpa. No tengo paz ni gozo.”*

Con eso en mente, consideremos la conocida parábola de Lucas 18, donde Jesús nos lleva en nuestros pensamientos al templo, probablemente a las 9 de la mañana o a las 3 de la tarde, cuando se llevaba a cabo la costumbre diaria del tiempo de oración en el horario establecido. Escuchemos de nuevo la parábola, sin dejar de lado el versículo 9, que nos da el contexto de la parábola:

“Y dijo también esta parábola a unos que confiaban en sí mismos como justos y menospreciaban a los otros: Dos hombres subieron al Templo a orar; uno era fariseo y el otro, publicano”

¹ Todas las citas bíblicas en este sermón son tomadas de la revisión Reina Valera-SBT de la Sociedad Bíblica Trinitaria.

El fariseo, leemos en el versículo 14, fue rechazado, y el publicano, leemos en el mismo versículo, fue aceptado en su adoración. Así que esos son mis dos puntos esta mañana.

Tema: Dos Adoradores en el Templo

1. Uno es rechazado (o, en otras palabras, condenado).
2. Uno es aceptado (o, en otras palabras, perdonado).

Primer pensamiento. Uno es rechazado.

Consideremos lo que Jesús nos está enseñando aquí. En primer lugar, tenemos la enseñanza de que Dios rechazará a algunos que suben al templo para adorar. Imaginemos a este fariseo caminando por las calles de Jerusalén. Es el tiempo de oración y quiere llegar a tiempo. Así que anda con pasos seguros, lleva la cabeza en alto y los hombros rectos. Al entrar al templo, quizá deba empujar un poco a los demás para llegar a la primera fila, pero es allí donde él quiere estar, el lugar donde todos lo pueden ver.

Es un hombre bueno. Ha vivido una vida muy cuidadosa. Quizá pudo decir, como el joven rico: *“Todo esto he guardado desde mi juventud”* (Mateo 19:20). Es un hombre bueno, fiel a la iglesia, alguien que agradaba a sus líderes y que siempre había santificado el día de reposo. Vivía conforme a todas las enseñanzas; respetaba las tradiciones mientras estudiaba la Torá y los comentarios del Antiguo Testamento.

Tampoco vivía como un hombre malo, ¿cierto? Leemos de él que no había vivido como adúltero, no era ladrón ni estafador, ni había sido injusto. Por cierto, no había nada malo en todo eso. No debemos malinterpretar esta parábola, como si fuera incorrecto vivir de esa manera. Jesús no enseña aquí que tal estilo de vida no fuera una buena forma de vivir. De hecho —y quizá esto les suene un poco raro—, pero sin duda Jesús podía identificarse con el estricto estilo de vida de los fariseos. Habría tenido mucho cuidado en su manera de andar en este mundo; habría mantenido las estrictas normas morales y las buenas tradiciones. Jesús no está diciendo aquí que este hombre viviera una vida mala.

Otra persona está caminando por las calles de Jerusalén: es el Sr. Publicano. (Ahora, el término “publicano” tal vez no sea muy conocido para nosotros. Una vez, mientras exponía un tema para la sociedad del ministerio “Hudson Taylor”, un fotógrafo de la BBC me preguntó al terminar: “¿Qué es un publicano?” Era del Reino Unido, y allí los publicanos son los encargados de un pub, los cantineros que sirven bebidas alcohólicas).

¿Qué es un “publicano” hoy en día? ¿Cuál sería su equivalente en nuestra sociedad? Para ayudarnos a sentir el efecto chocante que Jesús quería causar, vamos a considerar quién sería en nuestro tiempo. ¿Qué le haremos? ¿Un traidor a su país? ¿Alguien que trabaja con el enemigo

para dañar a su propio país en búsqueda de ganancia propia? Eso es un publicano en el contraste bíblico de fariseo/publicano. Un publicano, quizá, en nuestro día, sería un narcotraficante: una persona que arruina las vidas de los demás al aprovecharse de su adicción. Un publicano quizá sea un hombre viviendo sus tendencias homosexuales en contraste con un hombre de la iglesia, un cristiano tradicional. Así que ahora entendemos mejor el contraste, según nuestro contexto actual.

Ahora, él también está en camino al templo. Parece tímido, no se atreve a mezclar con esas personas buenas allí reunidas, porque sabe que no pertenece. Nuestro texto dice: *“Mas el publicano, estando lejos...”* (versículo 13). Es el hombre que toma el último asiento, justo al lado de la puerta, para poder salir inmediatamente después del culto. Está tan avergonzado, sabe que no encaja.

Nunca ha vivido una vida obediente. Ha abandonado la formación moral y religiosa que recibió de niño. Aunque, sin duda, era un judío circuncidado, había rechazado por completo el pacto de Dios. Este publicano ha vivido una vida horrible.

Y así leemos en el versículo 10 que estos dos están juntos en el templo para orar. Pueden imaginarlo: el sacerdote ha tomado el cordero y lo ha sacrificado en el altar. El altar está quemando al cordero. Cuando todo haya terminado, el sacerdote tomaría unas cuantas brasas vivas del altar con unas tenazas y las pondría en un recipiente. Luego añadiría incienso, y con ello entraría al lugar santo, pasando un velo hacia el lugar del incienso. Esa parte nadie vería, pero pondría ese recipiente allí donde está el altar de incienso, y ese incienso subiría hacia el cielo, simbolizando la oración. En ese mismo momento, mientras el sacerdote entra con el recipiente, el fariseo comienza a orar en silencio, y también el publicano. ¿Pueden verlos allí parados? Es el momento de oración personal. Cada uno tiene su propia oración que ofrece a Dios. Examinemos a ambos más de cerca.

El fariseo, leemos, está de pie, orando consigo mismo. Allí, parado, comienza a orar. Si está susurrando o hablando, no lo sabemos, pero está hablando con Dios y dice: *“Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, diezmo de todo lo que gano”* (versículos 11-12).

Ahora, ¿es incorrecto agradecer a Dios por no ser un adúltero? ¡Por supuesto que no! Yo estoy agradecido de que Dios me ha preservado de vivir en tales pecados como este hombre y otros lo hacen. Somos restringidos por la gracia de Dios. El hecho de que otros vivan en semejantes pecados y ustedes no, no es porque sean mejores que otros, sino porque la gracia de Dios actúa sobre ustedes con más fuerza. Así que, sí, por favor, estén agradecidos de que Dios los haya preservado de un estilo de vida de pecado. No hay nada malo en hacer eso. Piensen en ello: si la mano de Dios no estuviera sobre ustedes, ¿dónde estarían? ¿Estarían aquí sentados hoy?

Estaríamos perdidos en drogas o en el mundo, tomando, haciendo fiestas, o viviendo para el trabajo u otros placeres que nos complacen. Habríamos sido infieles, y ciertamente traidores a Dios y su pacto. Así que, por favor, estén agradecidos de que Dios los haya guardado de tal estilo de vida.

Sin embargo, hay algo muy importante que falta en su oración, algo que está seriamente mal en su adoración. Lo limitaré a dos cosas principales.

En primer lugar, este hombre adora a sí mismo. Este hombre se presenta ante Dios, según el versículo 9, confiando en sí mismo en que él es justo. Este hombre recita ante Dios toda su bondad, preguntando: “Dios, ¿no quedas Tú impresionado conmigo?” Esa no es una oración; eso no es adoración a Dios. Eso es adorar a uno mismo. Él se adora a sí mismo por ser tan religioso. Este hombre pone los puntos sobre las íes, ¿lo pueden imaginar? Al mismo tiempo, tiene orgullo por hacerlo. Es un hombre moral, por lo menos en lo externo. Se siente engreído. “Yo no soy como aquel, como aquel publicano. Mira lo que he hecho por ti, Dios, y lo que estoy haciendo por ti.” Y así, mientras este hombre ora a Dios, lleva su propio incienso. “Mira mi justicia, Señor. Impresionante, ¿cierto? Por favor, considera quién soy, lo que he hecho, y lo que harás conmigo.”

Examinémoslo, congregación. Seguro que no hacemos una lista tal como la suya, pero, ¿cuán a menudo tenemos una lista mental? Algo como: no lo hago como él, o, no soy como ella. Usted puede llenarlo por sí mismo: no soy como el mundo, o, no soy como tal persona en la iglesia. Miren hacia abajo y miren profundamente esta mañana en sus propios tiempos de adoración ante Dios. ¿Inclino yo, e inclinan ustedes, hacia el pensamiento de que, dado que yo no he hecho a, b o c, pero he hecho x, y, z, Dios, por lo tanto, me tratará de forma diferente? Tomen un momento esta mañana para escudriñar ese pensamiento. Ese pensamiento es fatal y venenoso, congregación: si usted lleva el pensamiento de que por no haber hecho a, b o c, sino por haber hecho x, y o z, Dios le tratará de forma diferente que otros pecadores, sean los que sean. Piénsenlo esta mañana. Este hombre confiaba en sí mismo como justo; no, no perfecto, pero, por lo menos, diferente a aquel, mejor que aquel.

La segunda cosa que está mal en su adoración es que se acerca a Dios por sus propios méritos, en contraste con el publicano. Fíjense en el versículo 13: el publicano “*no quería ni aun alzar los ojos al cielo*”. No tengo duda de que con el fariseo era el opuesto; él miró directamente hacia el cielo, directo hacia Dios al contarle sus obras. No necesita el incienso del altar, está confiando en su propia justicia y sus propios méritos.

Todas las personas religiosas allí reunidas con el fariseo, al ver a tal hombre, piensan: “¡Vaya! ¡Qué gigante espiritual! ¡Qué adorador más impresionante!”. Y de repente, Jesús asombra a la audiencia. Él abre el telón sobre lo que está sucediendo en el cielo y deja atónita a la gente con

Su evaluación. Porque, mientras el fariseo camina de vuelta a su casa, sintiéndose seguro por dentro de quién es, Jesús abre el telón y sorprende a sus oyentes diciendo: “Yo les digo, éste descendió a su casa condenado. Este hombre es culpable ante Dios. Este hombre, a menos que se arrepienta, está en el camino al infierno”.

¡Increíble! Todos deben haber estado pensando: “¿Qué? ¿Este hombre!? ¡Tan puntual, tan estricto! ¿Está condenado!?”. Sí, *“porque cualquiera que se ensalza será humillado”* (versículo 14). Guido de Brés, en la *Confesión Belga*, si fuera consultado sobre este asunto, diría que el fariseo blasfemó a Dios allí en el templo. *Blasfemia* es una palabra fuerte, pero eso es lo que es. Cada vez que nos presentamos ante Dios con nuestra propia justicia, incluso si es tan pequeña como el borde de una uña, para buscar Su aceptación, blasfemamos. Leemos en el Artículo 22: “Si se dijera que Cristo no es suficiente, por cuanto que además de Él *es aún necesario algo más, sería una blasfemia*, porque de allí se seguiría que Cristo es solamente un Salvador a medias”. Así, depender incluso en algo pequeño en nosotros mismos es blasfemia ante Dios. Piénsenlo bien, congregación. Debemos ser despojados de toda justicia que intentamos presentar ante Dios de nosotros mismos, porque, de lo contrario, lo blasfemamos. ¿Acaso piensa usted que Cristo no es suficiente o que no es la única justicia que necesitamos?

Segundo pensamiento. Uno es aceptado. Cantemos primero del Salterio 403:2,3.

Consideren ahora la enseñanza de Jesús acerca de aquellos que serán aceptados por Él. El Sr. Publicano está parado lo más lejos posible. Dice: *“el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que golpeaba su pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador”* (versículo 13).

Está alejado porque se siente impío y como un rechazado inútil. Su vida está profundamente manchada por un estilo de vida de pecado. Se siente avergonzado y prefiere esconderse antes que ser visto en público. Sin embargo, necesita llegar al lugar donde Dios se está revelando. Dondequiera que mira en su corazón y en su vida, ve pecado y pecado y pecado: pecados contra Dios y pecados contra el hombre. Había rechazado el vínculo del pacto con Dios y se había unido al enemigo. Quizá aún sienta el dolor que vio en los ojos de la viuda y del hombre pobre cuando les sacó más dinero con engaños. Quizá sienta su egoísmo y codicia, y el dolor que les causó a sus padres cuando se fue y se unió al mundo de Roma, junto con toda la deshonra que había hecho a Dios.

Así lo reconoce y lo siente, y como consecuencia no se atreve a alzar los ojos al cielo. No se atreve a enfrentar la mirada de Dios. ¿Alguna vez lo han sentido, niños, cuando se han comportado mal? ¿Cuando han herido a su mamá o a su papá? Entonces no quieren mirarlos a los ojos, ¿cierto? Bajan la mirada y no se atreven a enfrentar esos ojos, especialmente cuando contienen lágrimas por el dolor que han causado con su rebelión contra ellos. ¿Estoy equivocado en pensar

que probablemente esto es lo que sentía este publicano? Cuando sabe que no puede mirar al cielo, no puede encontrarse con Dios y no puede mantenerse en Su presencia. *“No quería ni aun alzar los ojos al cielo”*. Dios siempre había sido bueno con él; Dios siempre había sido benigno y misericordioso. Sin embargo, lo había traicionado y deshonrado. Y así, al ver al sacerdote entrar al lugar santo con el incienso, golpea su pecho, lo que equivale a añadir mil palabras a su oración. Y fíjense, no escondió esto, sino que lo hizo a la vista de todos: *“Dios, sé propicio a mí”*, y en el griego dice *“el pecador”* (versículo 13).

El servicio concluye y el publicano también vuelve a casa. Quizá lo haya hecho muchas veces ya. Tal vez haya estado allí en numerosas ocasiones. Puede que su necesidad lo haya llevado al templo, quizá todos los días. Y tal vez también piense que nada ha sucedido. Quizá todavía vuelva a casa con el sentimiento de culpa y vergüenza pesándole. Puede que aún se despierte al día siguiente y sienta su pasado miserable y su corazón quebrantado. Puede que todavía se sienta perdido, deshecho, sucio y avergonzado, y quizá aún diga: *“Oh, si tan solo pudiera ser salvo.”*

Y entonces, Jesús abre el telón de nuevo y dice: *“Ese hombre que va de camino a casa, él es justificado.” “Os digo que este descendió a su casa justificado y no el otro”* (versículo 14). ¿Saben lo que eso significa? El publicano pensaba que nada había cambiado, pero Jesús dijo que todo cambió. ¡Él es justificado! Eso quiere decir que es declarado justo. ¡Es declarado como si hubiera cumplido todos los mandamientos de Dios a la perfección! ¡Eso es lo que significa!

Ahora, esperen un momento. *“Jesús, jeste hombre es un hombre perverso! ¡Ha quebrantado todos los mandamientos! ¿Y me estás diciendo que él es declarado, no por el hombre, sino en el cielo, como si hubiera cumplido y obedecido la ley de Dios a la perfección?”* Sí, eso es lo que Jesús dice. Ahora, no argumenten con Jesús. Jesús dijo que *“este descendió a su casa justificado”*, perdonado. Eso quiere decir que Dios, el Juez, declaró que todo su pasado culpable, todo su pasado vergonzoso, todas las cosas malas que ha hecho, quedan totalmente borradas y eliminadas de su nombre para siempre. Ahora es visto por Dios como si hubiera cumplido todos los mandamientos durante toda su vida. Esto significa que, cuando el publicano muera, se sentará al lado de Enoc, Daniel y José, esos hombres notables. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo puede ser?

Bueno, eso es lo que Jesús dice, ¿cierto? Espero que no estén en desacuerdo con ello. La Biblia dice que Jesús declara que este hombre es justificado. Reflexionemos, entonces, en esto: ¿Cómo puede ser justificado este hombre después de una vida tan sucia y malvada? Parece demasiado fácil, superficial y ligero.

¿No es necesario que él pase por un camino muy largo y profundo antes de ser perdonado? ¿No es ese el camino hacia el perdón? Bueno, no sabemos cuán largo ha sido el viaje por el cual pasó

este hombre. No tenemos ninguna idea de cuándo este publicano fue descubierto en lo que estaba haciendo. La Biblia guarda completo silencio acerca de ello.

Y, en segundo lugar, ¿con solo una oración tan corta? ¿*“Dios, sé propicio a mí, pecador”*? ¿En verdad? ¿Solo eso? ¿Y uno es perdonado? ¿No es eso demasiado fácil?

Bueno, congregación, volvamos al versículo 9, por favor. Debemos notar que Jesús no está enseñando todo en esta parábola. No debemos añadir más a esta parábola que lo que es. Hay un solo punto en esta parábola que Él quiere enfatizar: *“Y dijo también esta parábola a unos que confiaban en sí mismos como justos y menospreciaban a los otros”* (versículo 9). Así que, Jesús aquí no está comentando nada más en realidad que ese punto. Una parábola es como una flecha, y así como la flecha, tiene un solo punto afilado. Eso es todo lo que es. Lo demás de la historia es para ilustrar y ayudar a hacer este punto. Y eso es lo que Jesús quiere hacer con esta parábola: quiere enfatizar que si usted está descansando en su propia justicia, será condenado, no importa cuán religioso sea. Pero, si usted está confiando en Su justicia, usted será justificado, no importa cuán terrible haya sido su vida. Ese es el punto.

Así, el punto de esta parábola es tanto escudriñador como consolador. Pregúntense: “¿Estoy confiando, en mi adoración a Dios, en algo en mí mismo?” Eso llevará al rechazo. Ahora, es posible hacer eso de dos maneras distintas. Es posible hacerlo como el fariseo autosuficiente. Eso es lo que vemos en la parábola. Es posible pensar: “Yo confío en mi vida, en mi caminar, en mi severidad, y que de alguna manera hago de todo ello una parte de mi acercamiento a Dios”. La enseñanza de Jesús es clara: tales personas permanecerán afuera cuando se encuentren ante la única puerta que lleva a la gloria eterna. Hay solo una puerta al cielo, la cual es la puerta de justicia. Jesús dice aquí: “Aunque su vida haya cumplido todos los puntos de la religión farisaica, o de cualquier religión, la religión reformada, por ejemplo, usted permanecerá afuera”. Eso es escudriñador, ¿verdad? Así que, es posible hacer esto confiando en sí mismo como un fariseo autosuficiente.

Sin embargo, fíjense, ¡también es posible hacer esto como un publicano convencido de pecado en su miseria! ¿Cómo es eso? Ah, esta mentalidad de obrar está profundamente arraigada en nosotros, congregación. Thomas Boston dice que está horneada en nosotros y que se aferra a nosotros en todas partes. Por lo tanto, escuchen esto: ¿Está pensando que, dado que ha sido convencido de su pecado, ha llorado por él, se ha arrepentido de él, que ahora está un poco más arriba? Pregúntense esa pregunta y escudríñense por ella: ¿Dado que tengo un sentimiento de mi miseria, estoy un poco más arriba? No, no lo está. En las balanzas de la santidad y la justicia, todo lo que traemos es inútil a la vista de un Dios infinitamente santo y justo. Su sentimiento de tristeza, bueno en sí, su sentimiento de arrepentimiento, bueno también, pero no tiene ningún valor en las balanzas de Dios cuando se trata de darle entrada o dejarle afuera.

Entonces, ¿qué más está enseñándonos Jesús? Que solo a base de Su justicia puede un hombre ser justificado ante Dios. Solo a base de esa justicia de los méritos de Jesús en quien pongo mi confianza. Noten que el publicano no se miró a sí mismo ni dijo: “Mira, Señor, estoy tan afligido por esto”. No, y no miró hacia el cielo tampoco. Él miró directamente al frente. Allí vio el altar y los restos quemados del cordero. Él vio al sacerdote caminando hacia el lugar santísimo y, amigos, él oró: “Oh Dios, por lo que veo allí en el altar, ten misericordia, sé propicio a mí”. Está mirando allí, y está diciendo, como en nuestro idioma actual: “Oh Dios, por amor a Jesús, en el nombre de Jesús oro, y solamente en Su Nombre, y totalmente por amor a Él, y solamente por Su justicia y por Su sangre, ten misericordia de mí”.

Jesús entonces describe este acto de este hombre, noten en el versículo 14, como humillarse a sí mismo: *“y el que se humilla será ensalzado”*. Ese humillarse no es tanto en su llanto, aunque estaba también allí. Estaba mayormente en su disposición a ser salvo por la gracia solamente, y nada más. Creo que fue uno de nuestros antepasados quien dijo: “No hay mayor humillación vista en el mundo que cuando Dios ha hecho que un pecador esté dispuesto a ser salvo solo por la justicia de Jesús”.

*“Nada en mis manos traigo,
Solo a tu cruz me aferro.”²*

Y eso es lo que debemos examinar esta mañana, congregación. Y cuando eso es su vida, su corazón y su confesión, cuando usted puede ponerse al lado del publicano y decir: “Oh, sí, aunque nunca he estado en su lugar, publicano; aunque no he ido en esa dirección; he ido en diferentes direcciones en mi corazón. Pero, sabe que, estamos parados en el mismo nivel”. Y si usted esta mañana puede decir: “Oh Señor, Tú sabes que la única base por la cual busco ser salvo es la de los méritos de Jesucristo”, entonces escuchen la palabra profética de Jesús esta mañana para usted. Si eso es su confesión al volver a casa, o cada vez que se levanta de sus rodillas en su propia casa, usted es justificado. ¿No es eso la promesa en 1 Juan 1:9? ¿No es eso la promesa en 1 Juan 1:9? *“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda maldad”*.

El mensaje de Jesús no es ligero; el mensaje del evangelio de Jesús no es superficial. Es increíble. Es asombroso lo que Él dijo aquí. Porque para que este hombre pudiera volver a casa justificado, el Hombre que habló estas palabras fue condenado. Él dejó la casa de Su Padre para terminar sufriendo el infierno. Eso no es algo superficial ni barato. No hay una salvación más costosa que la salvación del evangelio. Jesús sería condenado por los pecados de este publicano. Y tampoco es algo superficial porque, sin duda, Dios, por Su Espíritu, obró el arrepentimiento y la fe en este Jesucristo para que fuera justificado.

² Traducido del himno “Rock of Ages” (Roca de la Eternidad) por Augustus M. Toplady.

Quisiera recordarles esta mañana que incluso el ejercicio más pequeño de la fe, que no llega más allá que la fe de este publicano (y no fue una fe muy grande, ¿cierto?), su fe era: “Oh Dios, ten misericordia de mí, por causa de ese sacrificio”. Esa fe, tan pequeña como era, era instantánea y completamente justificadora. Nuestros antepasados reformados murieron por esa declaración: que el ejercicio más pequeño de la fe que mira hacia afuera a Jesucristo es instantáneo y completamente justificador. Piensen en Pedro y sus diez hermanos apóstoles al inicio de su viaje. Su fe en Jesús era tan pequeña aún; su conocimiento de Jesús era tan superficial; su entendimiento de Su obra sacerdotal aún carecía completamente. Y, sin embargo, en el aposento alto, cuando Jesús está lavando los pies de ellos, recuerden lo que dijo allí, declarando a todos los once: *“El que ha sido lavado [en el griego, bañado desde la cabeza hasta el pie] no necesita más que lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros [once,] estáis limpios”* (Juan 13:10). No a su propia vista, pero a la vista de Dios. ¿Cómo? Por esa fe, tan pequeña aún, en Jesús. En sí miserables, pero lavados, bañados, justificados a la vista de Dios.

David Sandeman, misionero escocés en China, falleció a la edad de 32 años debido a la epidemia de cólera. Antes de morir, un hermano le preguntó cómo se encontraba. Su respuesta fue: “Soy justo de pies a cabeza”. ¿Qué respuesta tan hermosa, verdad?

Ahora, aunque es cierto que la parábola tiene un punto principal que quiere enseñar, como definido en el versículo 9, es claro desde las Escrituras que si este publicano fuera un hombre salvo, tendría una vida transformada. Sería como Zaqueo, ¿verdad? Tendría un estilo de vida diferente; ya no viviría de la misma manera. Se apartaría de todos los pecados en los que vivía, demostrando así la realidad de que es un hombre nuevo. Así, Jesús también ilustra esa realidad en las Bienaventuranzas. El pobre en espíritu es también el hombre que será misericordioso, puro de corazón y pacificador. Todos los demás frutos del Espíritu se evidenciarán en una persona como él. Por lo tanto, si usted se jacta de perdón mientras permanece en pecado habitual, su jactancia es vana. Escuchen para terminar las palabras de 1 Juan 3:3-8:

“Y cualquiera que tiene esta esperanza en él se purifica, como él también es puro. Cualquiera que comete pecado transgrede también la ley, pues el pecado es transgresión de la ley. Y sabéis que él se manifestó para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él [por la fe] no peca [no continúa viviendo en pecado habitualmente]; todo aquel que peca [no cayendo ocasionalmente en el pecado, lo cual todos hacemos, sino el que vive en él habitualmente] no lo ha visto ni lo ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él también es justo. El que comete pecado es del diablo, porque el diablo peca desde el principio. Para esto se manifestó el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.”

Así que, la vida del publicano habría sido una vida cambiada por la gracia de Dios viviendo en él. Que el Señor bendiga estas palabras esta mañana. Amén.